

Las nuevas migraciones en la región Asia-Pacífico

MÁS de la mitad de la población mundial habita en la región del Asia-Pacífico. En los años setenta y ochenta la migración internacional proveniente de Asia se incrementó en forma dramática. (En sentido estricto, Asia incluye el medio oriente y Turquía. Sin embargo, estos países ya han sido tratados, así que esta sección se ocupa sobre todo del sur de Asia (el subcontinente hindú, el este y el sudeste.) Los destinos principales eran Norteamérica, Australia y las economías petroleras del medio oriente. Desde los años noventa, el principal crecimiento se ha dado en la migración dentro de Asia, en particular de los países menos desarrollados con grandes excedentes de mano de obra hacia los de rápido crecimiento (PIR). Los traslados internacionales con frecuencia están vinculados a la migración interna. En China, los flujos masivos desde las áreas rurales en el centro y el oeste hacia las nuevas áreas industriales del este (en especial Beijing, Shangai, y el delta del río Perla) han generado una “población flotante” de más de 100 millones de personas. El programa de *transmigrasi* de Indonesia ha cambiado desde 1969, a casi 1.7 millones de familias desde la densamente poblada Java hacia las desahogadas islas de Sumatra, Sulawesi e Irian Jaya desde 1969 (Tirtosudarmo, 2001: 211). El desplazamiento interno es también un problema de consideración: más de cinco millones de asiáticos se han convertido en desplazados internos (PID) por los conflictos, la violencia o la violación de los derechos humanos (Deng, 2001). Otros millones más fueron desplazados por proyectos de desarrollo como grandes presas, mientras que otros huyen del cambio ambiental y los desastres naturales como los volcanes y las inundaciones. La migración interna no será tratada aquí, pero es necesario darse cuenta de que con frecuencia es un primer paso en un proceso que lleva al traslado internacional.

La inmigración está regulada de manera estricta en Asia y el golfo Pérsico. Quienes diseñan las políticas promueven la migración laboral temporal, pero prohíben la reunificación familiar y el establecimiento permanente. Están decididos a no repetir la experiencia de Europa occidental de los años setenta,

por la que los trabajadores huéspedes se convirtieron en residentes permanentes y formaron nuevas minorías étnicas (Weiner y Hanami, 1998). No obstante, las tendencias hacia la estancia a largo plazo se hacen evidentes en algunos lugares.

El desarrollo de la migración asiática

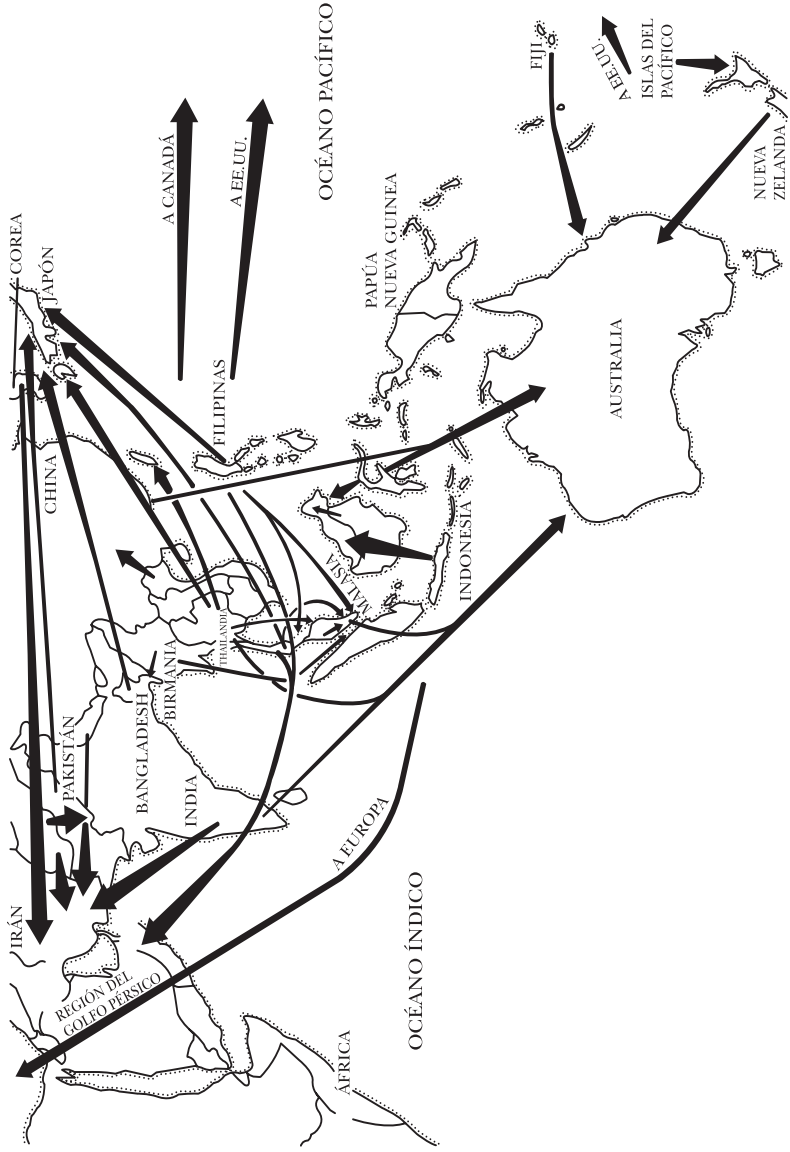
La migración asiática no es nueva: los movimientos hacia el occidente desde Asia central contribuyeron a formar la historia europea en la Edad Media, mientras que la migración china con destino al sudeste asiático se remonta siglos atrás. En el periodo colonial, millones de trabajadores se reclutaron bajo contrato (*indentured*), a veces por la fuerza (véase capítulo 2). Los colonos chinos en los países del sudeste asiático (Sinn, 1998) y los asiáticos provenientes del sur del continente que se trasladaron a África, se convirtieron en minorías comerciantes con un importante papel como intermediarios para el colonialismo. Esto con frecuencia produjo hostilidad en su contra –e incluso expulsiones masivas– después de la independencia. Sin embargo, también ayudó a generar redes étnicas que promovieron migraciones más recientes (OIM, 2000b: 69). En el siglo XIX se dio una considerable migración desde China y Japón hacia Estados Unidos, Canadá y Australia. En los tres países se aprobaron legislaciones discriminatorias para evitar esos traslados.

La migración proveniente de Asia era escasa en los primeros años del siglo XX debido a las políticas restrictivas de los países de inmigración y los poderes coloniales. Empero, continuaron los movimientos dentro de Asia, vinculados frecuentemente con las luchas políticas. Japón reclutó 40,000 trabajadores de la que entonces era su colonia, Corea, entre 1921 y 1941. Japón también utilizó en alto grado la mano de obra forzada en la Segunda Guerra Mundial. Manchuria experimentó una migración masiva desde finales del siglo XIX, al tiempo que dentro del subcontinente hindú se dieron grandes movimientos, en especial después de su independencia en 1947.

Los movimientos externos comenzaron a incrementarse a partir de los años sesenta. Las razones eran complejas (Fawcett y Cariño, 1987; Skeldon, 1992: 20-22). Las reglas discriminatorias contra los ingresos de asiáticos fueron rechazados en Canadá (1962 y 1976), Estados Unidos (1965) y Australia (1966 y 1973). El incremento en la inversión y el comercio extranjeros contribuyeron a generar las redes de comunicación necesarias para la migración. La presencia militar de Estados Unidos en Corea, Vietnam y otros países asiáticos estableció vínculos transnacionales, al igual que estimuló directamente el traslado para el personal militar estadounidense. La guerra de Vietnam fue la causa de grandes movimientos de refugiados. La apertura de Estados Unidos, Canadá y

MAPA 8
MIGRACIONES DENTRO DE LA REGIÓN ASIA-PACÍFICO

Nota: las dimensiones de las flechas dan sólo aproximaciones del tamaño del movimiento



Australia para la migración familiar significó que los movimientos primarios, cualquiera que fuera su causa, dieran lugar a ingresos posteriores de colonos permanentes. Los grandes proyectos de construcción en los países petroleros del golfo Pérsico tuvieron como consecuencia el reclutamiento masivo de trabajadores temporales por contrato. El rápido crecimiento económico en varios países asiáticos conllevó movimientos de trabajadores tanto calificados como de escasa capacitación.

La entrada masiva de Asia en la escena mundial de la migración a mediados del siglo XX, puede verse como resultado de la apertura del continente a las relaciones económicas y políticas con los países industrializados en el periodo poscolonial. La penetración occidental a través del comercio, la ayuda y la inversión generaron los medios materiales y el capital cultural necesarios para la migración. Al mismo tiempo, por la industrialización, la “revolución verde” y las guerras (con frecuencia alimentadas por los grandes poderes como parte de la Guerra Fría) se desarticulan las formas existentes de producción y las estructuras sociales forzando a la gente a dejar el campo en busca de mejores condiciones en las ciudades en expansión o en el extranjero. Más tarde, el rápido despegue industrial de algunas áreas y el continuo estancamiento o caída de las demás creó nuevas presiones para la migración.

En años recientes, los científicos sociales desarrollaron la noción de “transición migratoria”. Las sociedades atraviesan por una serie de cambios fundamentales en relación con el desarrollo económico. La “transición industrial” se refiere al cambio de la actividad económica y el empleo de la agricultura hacia la manufactura y luego hacia los servicios. La “transición demográfica” implica el descenso tanto en la mortalidad como en la fecundidad, lo que lleva a un crecimiento poblacional más lento y a poblaciones con edades más avanzadas. Al principio del proceso de industrialización es frecuente que haya un incremento en la emigración debido al crecimiento poblacional, una caída en el empleo rural y bajos niveles salariales. Este fue el caso en la Gran Bretaña de principios del siglo XIX, como lo fue a finales de ese siglo en Japón, o Corea en los años setenta del siglo XX. A medida que avanza la industrialización, descende la oferta de mano de obra y aumentan los niveles salariales en el país; como consecuencia, la emigración descende y la inmigración de mano de obra comienza a ocupar su lugar. De ahí que los países industrializados tiendan a atravesar una etapa inicial de emigración, seguida por una etapa de flujos de entrada y salida, hasta que finalmente se convierten en países predominantemente de inmigración (Martin *et al.*, 1996: 171-172). La etapa inicial en que se presenta un aumento de la emigración, ligada con el desarrollo económico, se ha denominado también la “joroba migratoria”. Tiene implicaciones de importancia para las políticas: los intentos por reducir la migración estimulando el

desarrollo puede lograr lo opuesto en el corto plazo y funcionar sólo en el largo plazo (Martin y Taylor, 2001).

Para el año 2000, se estimaba que había unos 6.2 millones de asiáticos empleados fuera de sus países pero dentro de la región asiática, y otros cinco en el medio oriente. La emigración en busca de empleo desde la región aumentó en cerca de 6 por ciento anual de 1995 a 1999, a pesar de la crisis financiera de 1997-1999 en Asia (Abella, 2002). Además existen millones de refugiados y familiares. Todos los países experimentan tanto emigración como inmigración, pero es posible diferenciar entre los que son predominantemente importadores de mano de obra: Japón, Singapur, Taiwán y Brunei; de los que importan algunos tipos de fuerza de trabajo pero exportan otros: Hong Kong, Tailandia, Malasia, y los que son predominantemente exportadores: China, Filipinas, India, Bangladesh, Pakistán, Sri Lanka, Indonesia. (Los nombres oficiales para algunos países son diferentes de los que se utilizan por costumbre. Usamos Taiwán para el país al que la ONU conoce como Taipei chino, y Hong Kong para lo que, desde 1997, se ha convertido en la Región Administrativa Especial de Hong Kong –Hong Kong Special Administrative Region, SAR– de China. La República de Corea –Corea del Sur– es llamada Corea, a menos que haya riesgo de confundirla con Corea del Norte. Utilizamos Burma, en vez de Myanmar).

En este capítulo se examinarán los principales sistemas asiáticos de migración: traslado hacia países occidentales, mano de obra por contrato hacia el medio oriente, migración dentro de Asia, movimiento de trabajadores altamente calificados, movilidad estudiantil, movimientos de refugiados. La mayoría de éstos incluye una migración irregular sustancial. Ésta a menudo adopta la forma de portadores de visa de turista que permanecen más allá de lo estipulado por sus permisos, pero también hay mucho contrabando de trabajadores indocumentados. La cantidad de migrantes irregulares en Japón, Corea, Taiwán, Malasia y Tailandia, en conjunto, se estimó en 845,000 para 1997 (Scalabrini Migration Center, 2001), aunque esta cifra debe verse como muy aproximada.

Migración asiática hacia Europa occidental, Norteamérica y Australasia

Tres países europeos experimentaron grandes migraciones asiáticas vinculadas con la descolonización: Holanda, proveniente de las antiguas Indias Orientales holandesas (Indonesia); Francia, de Vietnam; y Gran Bretaña del subcontinente hindú y Hong Kong, también hubo algunos movimientos menores, como los procedentes de Goa, Macau y Timor Oriental hacia Portugal. Estos habían descendido en forma considerable para finales de los años setenta. En los ochenta, la Unión Soviética y la República Democrática Alemana reclutaron trabajadores

vietnamitas. Aunque a menudo se les denominaba aprendices, estos migrantes compartían muchas de las características de los trabajadores bajo contrato.

Desde la década de los noventa se ha dado un incremento en la migración laboral de Asia a Europa, en ella se incluye el reclutamiento de personal médico y relacionado con el manejo de tecnologías de la información. Las trabajadoras domésticas de Filipinas y China se han trasladado en cantidades crecientes hacia Italia. Los flujos irregulares de trabajadores manuales hacia Gran Bretaña y otros destinos van en aumento. Una tendencia reciente es el incremento de la migración del este de Asia con rumbo a Europa: en 1999, China se hallaba entre los 10 primeros lugares de origen de los traslados a Hungría, Italia y Finlandia, mientras que Japón estaba entre los 10 primeros para Francia y Holanda (OCDE, 2001: gráfica 1.4).

El traslado de mayor tamaño fue el que se dirigió a Estados Unidos después del Acta de Inmigración de 1965; la cifra de migrantes provenientes de Asia se incrementó de 17,000 en 1965 a un promedio de más de 250,000 por año en la década de los ochenta (Arnold *et al.*, 1987), y más de 350,000 por año a principios de los noventa (OCDE, 1995: 236). La mayor parte de los asiáticos llegó a través de las cláusulas de reunificación familiar del Acta de 1965, aunque los movimientos de refugiados o de trabajadores calificados eran a menudo el primer eslabón de la cadena migratoria. Desde 1992, Asia ha sido el lugar de origen de cerca de un tercio de todos los inmigrantes, y para marzo del año 2000 había más de siete millones de residentes de origen asiático. En 1999, China era el segundo lugar de origen por cifra de inmigrantes, con 37,000 (después de México, con 132,000). La India, Filipinas, Vietnam y Corea se encontraban también entre los 10 principales países de origen (OCDE, 2001: gráfica 1.4).

La inmigración asiática hacia Australia se desarrolló después del rechazo de la política de Australia blanca a finales de los años sesenta, con un impulso adicional por parte del traslado de refugiados indochinos de finales de los setenta. A principios de los años noventa, cerca de la mitad de los nuevos inmigrantes provenía de Asia. Entre los 10 principales países de origen en 1999 estaban China (tercero después de Nueva Zelanda y el Reino Unido), la India, Vietnam, Filipinas y Taiwán (OCDE, 2001: gráfica 1.4). Los cálculos oficiales para 1999 colocan a la población nacida en Asia en más de un millón de personas, casi un cuarto de la población inmigrante y cerca del 5 por ciento de la población total (OCDE, 2001: tabla B 1.4).

En Canadá, el Acta de Inmigración de 1976, que incluía criterios de selección no discriminatorios y su énfasis en el ingreso familiar y de refugiados, fue la que abrió la puerta a la migración asiática. El censo de 1981 mostraba la presencia de 674,000 personas de origen étnico asiático (Kubat, 1987: 238). Des-

de 1993, más de la mitad de todos los inmigrantes han salido de Asia. Entre 1995 y 1998, los seis países de origen de mayor importancia fueron China, Taiwán, Hong Kong, la India, Paquistán y Filipinas. En el censo de 1996, los cerca de 1'600,000 residentes de origen asiático conformaban casi un tercio de toda la población inmigrante (OCDE, 2001: 66).

Nueva Zelanda es un país tradicional de inmigración que desarrolló su población a partir de la inmigración de Gran Bretaña, con políticas de ingreso racialmente selectivas para dejar fuera a los no europeos. No obstante, desde la década de los cincuenta, los vínculos económicos y políticos con las islas cercanas en el Pacífico, como Tonga y las Islas Cook, han dado lugar a nuevos flujos de entrada (Trlin, 1987). Desde 1991, las políticas estimularon la inmigración de gente con habilidades profesionales y con capital para realizar inversiones. La mayoría provenía de Hong Kong, Taiwán, Corea y Japón (Lidgard, 1996: 6). En 1995, 22,000 de un total de 56,000 personas que ingresaron de manera permanente provenían de Asia. Para 1999, los ingresos asiáticos habían disminuido a 11,000 de un total de 29,000 (IOM, 2000b: 279). La composición étnica de Nueva Zelanda se ha tornado más compleja: el pueblo maorí ha crecido para constituir más del 10 por ciento de la población total; los originarios de las islas del Pacífico conforman cerca del 5 por ciento y los asiáticos alrededor del 3 por ciento (Pool y Bedford, 1996). Esto ha llevado a debates acalorados y campañas electorales que se concentran en la política de inmigración (IOM, 2000b: 282-283).

Los movimientos de Asia a los países clásicos de inmigración de América del norte y Oceanía tienen ciertas características en común. Se han desarrollado grandes movimientos de forma inesperada, basados en especial en las cláusulas de reunificación familiar. Se han diversificado los países de origen. Los vietnamitas y otros refugiados indochinos constituían un flujo de ingreso dominante en los años setenta y ochenta: Hong Kong se convirtió en una fuente de importancia en los años previos a su incorporación a China en 1997. Los traslados desde estos países continúan y a ello se han sumado los flujos que provienen de Filipinas, India, Japón y Corea. La tendencia más importante es el crecimiento de la migración proveniente de China. En los últimos años, todos estos países han cambiado las reglas de inmigración para estimular el ingreso de migrantes calificados y empresarios. Ha surgido un mercado global de fuerza de trabajo para personal altamente calificado, con Asia como principal punto de origen.

Migración hacia el medio oriente por contratos laborales

Las migraciones a gran escala desde Asia con destino al medio oriente se incrementaron en forma rápida tras el aumento en los precios del petróleo en 1973.

Al principio se importó mano de obra de la India y Paquistán, luego de Filipinas, Indonesia, Tailandia y Corea y más tarde de Bangladesh y Sri Lanka. Para 1985 había 3'200,000 trabajadores asiáticos en los estados del golfo Pérsico, de los cuales más de dos millones estaban en Arabia Saudita. La invasión iraquí de Kuwait y la guerra del golfo Pérsico en 1990-1991 implicó el retorno forzado de unos 450,000 asiáticos a sus países de origen. Después de la guerra, el reclutamiento se incrementó otra vez, en parte debido a las necesidades de la reconstrucción, pero también gracias al reemplazo de los palestinos en Kuwait y de los trabajadores originarios de Yemen en Arabia Saudita, pues se les consideraba "no confiables políticamente" (Abella, 1995; véase también el capítulo 6). Israel empezó a reclutar grandes cantidades de tailandeses y filipinos para la agricultura, la construcción y el trabajo doméstico, después de que las medidas de seguridad evitaron la entrada de palestinos del banco occidental y de Gaza.

Los mayores flujos de ingreso de trabajadores migrantes siguen siendo del sur de Asia a los seis países del Consejo de Cooperación del Golfo (CCG). A finales de los años noventa, cerca de un millón de trabajadores por contrato salía cada año de Asia. En 1997, el flujo total de salida de mano de obra fue de 416,000 de la India (93 por ciento hacia el medio oriente), 231,000 de Bangladesh (cerca del 75 por ciento hacia el medio oriente), 154,000 de Paquistán (96 por ciento al medio oriente) y 150,000 de Sri Lanka (85 por ciento hacia el medio oriente) (OIM, 2000b: 110). Los contingentes nacionales relativamente pequeños de mano de obra de los estados de la CCG, trabajan sobre todo en el sector público, dejando grandes huecos en el privado. El resultado es una dependencia extrema respecto al trabajo extranjero. Arabia Saudita, con una población de 20 millones, tuvo una aportación al trabajo extranjero del 28 por ciento. Los estados más pequeños del CCG tenían proporciones aun más grandes: Kuwait 65 por ciento, Bahrain 37 por ciento, Fatar 77 por ciento, Emiratos Árabes Unidos (EAU) 73 por ciento y Omán 27 por ciento (OIM, 2000b: 108).

En los años setenta, la mayor parte de los migrantes estaba constituida por varones, empleados en varios proyectos de construcción financiados por petrodólares. Los gobiernos de los países de origen como la India, Paquistán y Filipinas, negociaban activamente su fuerza de trabajo en el extranjero y hacían acuerdos para aportar mano de obra a los países del golfo Pérsico. A las compañías coreanas de construcción se les estimulaba a realizar contratos en el medio oriente, lo que incluía aportar la fuerza de trabajo. Los países de origen de la mano de obra en Asia también permitían que agencias privadas organizaran el reclutamiento (Abella, 1995).

La caída temporal en el sector de la construcción después de 1985 estimuló el uso de trabajadores contratados de formas diversas, en particular el traslado hacia el sector de servicios como la hotelería y los personales. Hubo un au-

mento de la demanda de servidumbre doméstica, lo que llevó a la feminización de los flujos de mano de obra contratada. La mayoría de las trabajadoras provenía de Filipinas, Indonesia, Tailandia, Corea o Sri Lanka; Paquistán y Bangladesh no enviaron (Skeldon, 1992: 40-41). Muchos filipinos y coreanos eran trabajadores calificados que se desempeñaban como choferes, carpinteros, mecánicos o contratistas de obra. Otros eran profesionales o paraprofesionales (ingenieros, enfermeros y practicantes médicos). Los migrantes laborales no formaban parte de los pobres urbanos o rurales, sino que eran personas con formación escolarizada cuya partida podría tener efectos negativos en la economía (Skeldon, 1992: 38). A medida que se diversificaron los flujos, creció también en forma notable la migración indocumentada. La UEA expulsó a más de 160,000 trabajadores no autorizados en tres meses de 1996 y Arabia Saudita reportó haber expulsado de 350,000 a 450,000 anualmente. En el último caso, los intentos gubernamentales recientes por estimular a los nacionales a ocupar puestos en el sector privado han llevado a un incremento de las deportaciones (OIM, 2000b: 107-115).

Los asiáticos en los países árabes encuentran condiciones difíciles, tanto por la falta de derechos de los trabajadores como por las grandes diferencias en los valores culturales, en especial lo referente a la posición de las mujeres. La migración se da dentro de rígidos marcos de contratos laborales: los trabajadores no están autorizados a establecerse o a llevar consigo a sus dependientes; además, con frecuencia se les segrega en barracas. Pueden ser deportados por mala conducta y a menudo deben laborar largas jornadas. Las trabajadoras domésticas a menudo se les explota y abusa sexualmente. El gran atractivo son los sueldos; los trabajadores no calificados de Sri Lanka devengan ocho veces más en el medio oriente de lo que ganarían en su tierra de origen, mientras que los procedentes de Bangladesh ganan 13 veces más que en su terruño (OIM, 2000b: 119). Muchos migrantes son explotados por agentes e intermediarios, que obtienen grandes comisiones (más del 25 por ciento de la paga). Los agentes en ocasiones incumplen sus promesas de proporcionar trabajo y transporte; además, los salarios y las condiciones de trabajo a menudo son considerablemente inferiores a las ofrecidas originalmente.

Migración laboral dentro de Asia

Desde mediados de los años ochenta, el crecimiento económico acelerado y el descenso en la fecundidad han dado como resultado una demanda considerable de mano de obra migrante en las nuevas economías industriales del este y el sur de Asia. La migración laboral dentro de Asia creció de manera exponencial en la primera mitad de los años noventa. Hubo cierta migración de retorno

durante la crisis financiera asiática de 1997-1999, pero posteriormente se reanudó la migración de fuerza de trabajo. En todas las economías de los “tigres asiáticos”, los trabajadores migrantes están haciendo los trabajos de las tres “D” (*dirty, dangerous, difficult* –sucios, peligrosos y difíciles, o simplemente de escasa calificación y baja paga) que los nacionales cada vez con mayor frecuencia se dan el lujo de rechazar. Es imposible tratar en detalle la compleja experiencia de la migración de cada país asiático. En cambio, discutimos algunas tendencias generales, examinamos en forma breve una cantidad de países de inmigración y presentamos unos cuantos estudios de caso con mayor detalle.

Un desarrollo clave reciente es la feminización de la migración. A medida que crece la demanda de trabajadores en el sector de servicios, las mujeres han dominado ciertos flujos. Dos tercios de los migrantes de Indonesia entre 1984 y 1994 eran mujeres (Amjad, 1996: 346-349). La proporción femenina de origen filipino entre los trabajadores migrantes que por primera vez llegan al mercado de trabajo aumentó de 50 por ciento en 1992 a 61 por ciento en 1998. Los traslados dentro de Asia estaban dominados en particular por mujeres, mientras que los hombres conformaban todavía la mayor parte de los flujos hacia Arabia Saudita (Go, 2002: 66). La mayor parte de las mujeres migrantes se concentraba en trabajos considerados “típicamente femeninos”: trabajadoras domésticas, del entretenimiento (a menudo un eufemismo para decir prostitutas), personal de restaurantes, hoteles y líneas de ensamblaje de las industrias textil y electrónica. Trabajos que ofrecen bajos estatus, condiciones y salarios; asociados además con estereotipos patriarcales de docilidad femenina, obediencia y voluntad para dar servicios personales. La migración femenina tiene efectos considerables en la dinámica familiar y comunitaria. Las mujeres casadas tienen que dejar a sus hijos bajo el cuidado de otros y las largas ausencias afectan las relaciones y los roles de género.

El incremento en el servicio doméstico refleja crecimiento de hogares con dobles carreras profesionales en los nuevos países industriales asiáticos. Singapur es un buen ejemplo. Debido a las atractivas oportunidades de empleo para las mujeres de Singapur, es muy alta la tasa de empleadas domésticas extranjeras: en 1993, el 15 por ciento de los hogares tenía un sirviente que habitaba con sus patrones; se calcula que existían unas 81,000 trabajadoras domésticas extranjeras, 50,000 de las cuales provenían de Filipinas, 17,000 de Sri Lanka y 10,000 de Indonesia. Las comisiones por el reclutamiento (sobre todo a través de agencias especializadas) se deducían del sueldo de la servidumbre y podían llegar a \$2 mil dólares (Wong, 1996). El servicio doméstico lleva al aislamiento y a la vulnerabilidad de las jóvenes migrantes, las que con frecuencia tienen poca protección frente a las exigencias de sus patrones (Lim y Oishi, 1996).

Otra forma de migración femenina se desarrolló en Asia, hacia Europa y Australia, en los años ochenta: fue la de las llamadas “novias por correo” (Cahill, 1990). En los años noventa, se reclutaban novias extranjeras por los campesinos en las áreas rurales de Japón y Taiwán debido al éxodo de las mujeres locales hacia espacios urbanos más atractivos. Ésta era una de las pocas formas de inmigración permanente permitidas en Asia. Las jóvenes involucradas, provenientes de Filipinas, Vietnam y Tailandia podían experimentar un severo aislamiento social (OIM, 2000b: 65).

Una característica más de la migración laboral en Asia es el importante papel que juega la “industria de la migración”. La mayor parte del reclutamiento de trabajadores migrantes, tanto al golfo Pérsico como dentro de Asia se organiza por agentes de migración y por intermediarios laborales. Los gobiernos y los patrones en los países de recepción encuentran que es más fácil apoyarse en dichos intermediarios que organizar los movimientos por sí mismos. Las autoridades de los países de origen se han visto sin el poder suficiente para controlar las actividades de esa industria. Martin (1996: 201) calcula que es típico que los migrantes paguen comisiones equivalentes al 20 o 30 por ciento de sus ganancias del primer año. Para toda Asia, la industria de la intermediación de mano de obra podría alcanzar los 2.2 miles de millones de dólares por año.

Mientras que algunos agentes tienen actividades legítimas, otros engañan y explotan a los trabajadores. Por ejemplo, algunos tailandeses atraen a las jóvenes de las zonas rurales para que vayan a Japón, supuestamente para trabajar en restaurantes o fábricas y luego las entregan a los mafiosos *Yakuza*, quienes las mantienen en condiciones de semiesclavitud como prostitutas (Okunishi, 1996: 229-230). La prisión, la deportación e incluso la muerte son algunos de los riesgos que enfrentan los inmigrantes ilegales, mientras que los cabecillas de las bandas de contrabandistas de personas rara vez son aprehendidos. En la Navidad de 1996 se ahogaron 280 hindúes, paquistaníes y migrantes procedentes de Sri Lanka en el mar entre Malta y Sicilia. Fueron víctimas de una red internacional de contrabandistas de migrantes con tentáculos hacia el sur de Asia, medio oriente y sur de Europa. Los migrantes habían pagado hasta 9,000 dólares por el viaje fatal hacia la soñada prosperidad en Europa (Ferguson, 1997: 29). Aun cuando llegan seguros a Norteamérica o a Europa, muchos migrantes ilegales quedan sujetos por una “cadena de deudas” que los hace trabajar durante años para pagar las comisiones de los contrabandistas. Los trabajadores chinos que se trasladan ilegalmente desde la provincia de Fujian por las bandas de las “cabezas de serpiente” pagan hasta 30,000 dólares. Se cree que entre 100,000 y 200,000 migrantes sin autorización salen de China cada año con la ayuda de las mafias de contrabandistas (OIM, 2000b: 68-70).

Asia oriental

El milagro económico del oriente asiático ha implicado una fuerte demanda de mano de obra, pero los gobiernos han rechazado el reclutamiento de trabajadores extranjeros por miedo a llevar el cambio cultural y social a naciones que se consideran homogéneas y monoculturales. La combinación de la baja en la fecundidad, el envejecimiento de la población y el crecimiento de la migración indocumentada ha tenido como consecuencia serias contradicciones, que son más evidentes en Japón, pero que surgen también en Corea, Hong Kong y Taiwán.

Corea exportó mano de obra hacia el golfo Pérsico en los años setenta y ochenta, pero en la actualidad ya pasó la transición migratoria: para 1995, el PIB per cápita era de 10,000 dólares y las salidas en busca de empleo habían descendido en forma notable. En el año 2000, había 312,000 extranjeros en Corea. Su origen principal era China –100 mil en el 2000, de los cuales 57,000 eran de origen étnico coreano con nacionalidad china. Otros sitios de origen importante son Filipinas, Bangladesh, Tailandia y Mongolia. La política oficial es similar a la de Japón. Los trabajadores no calificados se encuentran con limitaciones para su ingreso y muchos trabajadores extranjeros (105,000 en el 2000) son clasificados como “aprendices”, pero de hecho son empleados largas jornadas. La mayoría (189,000 en el año 2000) son trabajadores indocumentados a quienes se les pagan bajos salarios y carecen de los derechos laborales básicos (Seol y Skrentny, 2003).

Hong Kong se ha transformado, de ser una economía industrial con mano de obra intensiva, en una economía posindustrial basada en el comercio, los servicios y la inversión, lo que ha llevado a déficits de trabajadores calificados y no calificados. Trabajadores expatriados altamente calificados provenientes de Norteamérica, Europa occidental y la India son reclutados para empleos con altos salarios en las finanzas, la administración y la educación. Trabajadores no calificados provenientes de China han entrado en grandes cantidades de manera ilegal. Muchas trabajadoras domésticas son reclutadas en Filipinas y otros lugares. En 1997, la situación se complicó por los temores respecto a los efectos de la reunificación con China. Muchos trabajadores altamente calificados emigraron a Estados Unidos, Canadá y Australia en busca de un sitio seguro (Skeldon, 1994). Algunos permanecieron en el país receptor apenas lo necesario para obtener el estatus de residente permanente o la ciudadanía y luego regresaron a Hong Kong para trabajar, trasladándose con frecuencia de un lugar y otro. A este grupo a veces se le conoce como “astronautas”, mientras que a los hijos que dejan en Canadá o Australia se les denomina “hijos de paracaídas” (Pe-Pua *et al.*, 1996). Mientras tanto, la situación política se ha estabilizado y

RECUADRO 11
LOS DILEMAS DE UN PAÍS DE INMIGRACIÓN
EN EL ORIENTE ASIÁTICO: JAPÓN

Japón ha experimentado serios déficit de mano de obra desde mediados de la década de los ochenta. Primero admitió mujeres, sobre todo de Filipinas y Tailandia, para trabajar como bailarinas, meseras y recepcionistas. Luego las siguieron los hombres de esos países así como de Paquistán y Bangladesh, que trabajaban –por lo general ilegalmente– como obreros y albañiles. La población extranjera de Japón se incrementó de 817,000 en 1983 a 1.6 millones en 1999. Cerca del 41 por ciento es residente permanente (OCDE, 2001: 198), la mayoría coreanos reclutados como trabajadores antes y durante la Segunda Guerra Mundial. Otros grupos extranjeros han crecido también en forma rápida: los chinos de 75,000 en 1985 a 294,000 en 1999; los brasileños (ante todo *Nikkeijin*, descendientes de emigrados japoneses del pasado) de 2,000 a 224,000 y los filipinos de 12,000 a 116,000.

El gobierno japonés se opone enérgicamente a la inmigración debido a su preocupación por preservar la homogeneidad étnica. En 1989, las revisiones al Acta de Control de la Inmigración incluyeron severos castigos para los trabajadores extranjeros ilegales, los intermediarios y los patronos. No obstante, el reclutamiento de extranjeros poco calificados con origen étnico japonés sí estaba permitido, lo que generó un cierto alboroto por reclutar *Nikkeijin* de Brasil y Perú. Otras “entradas laterales” a Japón incluyen el reclutamiento de “aprendices” de países desarrollados, o el empleo de extranjeros registrados como estudiantes de las escuelas de idioma japonesas, a quienes se les permite trabajar 20 horas por semana. Con frecuencia los aprendices son utilizados como mano de obra barata (Oishi, 1995: 369). La “puerta trasera” de la migración laboral irregular parece ser tolerada por las autoridades japonesas, quienes probablemente cuentan con la capacidad institucional para eliminarla si quisieran. Los cálculos oficiales sitúan la cantidad de inmigrantes irregulares en Japón para 1999 en 252,000 –un decremento del nivel alcanzado en 1995 de 285,000 (OCDE, 1997; 2001: 198).

Los inmigrantes conforman sólo el 1.2 por ciento de la población japonesa de 126 millones. No obstante, las bajas tasas de natalidad y el envejecimiento de la población hacen probable que la inmigración crezca en el futuro, a pesar del actual estancamiento económico. Los jóvenes japoneses con niveles educativos altos no desean ocupar puestos en las fábricas. La política industrial del gobierno estimula la inversión en nueva tecnología para aumentar la productividad laboral, en tanto que muchas compañías trasladan sus operaciones de mano de obra intensiva hacia países de salarios bajos. Pero estas aproximaciones tienen límites: es difícil aumentar la productividad, cambiar de lugar los servicios o los trabajos de construcción y muchos empleos en las fábricas, como los que tienen que ver con los componentes de la industria automotriz, son parte de una compleja cadena de insumos que geográficamente no puede dividirse con facilidad. Un tema recurrente es la necesidad de que trabajadores que cuidan a los ancianos se hagan cargo de una población cada vez más añosa.

RECUADRO 11 (*continuación*)

La pregunta clave es si se estará dando el establecimiento. Una investigación reciente muestra que los trabajadores inmigrantes se concentraban notablemente en ciertos sectores u ocupaciones, con lo que se ocasionaba una dependencia estructural (Mori, 1997: 155). Esto podría estimular la presión de los empresarios para regularizar a los trabajadores indocumentados. Diferentes patrones de empleo se vinculan con diversas condiciones legales: trabajadores regulares (en especial *Nikkeijin*) encuentran empleo en las grandes empresas, mientras que los irregulares se ubican sobre todo en empresas pequeñas o en los empleos del sector informal. Un estudio de los recién llegados a los distritos de Shinjuku e Ikebukuro en Tokio encontró que existe cierto establecimiento a largo plazo, al igual que algunos matrimonios mixtos con japoneses (Okuda, 2000). Un estudio de los *Nikkeijin* en Toyota City detectó altos grados de concentración en ciertos conjuntos de apartamentos y que era frecuente el aislamiento con respecto a la población japonesa. Era habitual que surgieran conflictos en torno a temas cotidianos como el manejo de los desechos, el ruido y las infracciones al reglamento de tránsito (Tsuzuki, 2000). Komai (1995) encontró tendencias a matrimonios internacionales, formación de familias, concentración residencial y construcción de comunidades étnicas. Empezaron a surgir lugares de oración, negocios, asociaciones y medios de corte étnico.

Otra tendencia significativa es la situación gradualmente mejor –aunque todavía débil– de los inmigrantes con respecto a los derechos civiles políticos y sociales (Kondo, 2001). Los residentes de larga data, ante todo de origen coreano, siguen siendo extranjeros, incluso hasta la tercera o cuarta generación, por leyes de naturalización bastante restrictivas (Esman, 1994). Empero, los cambios legales de 1992 llevaron a un aumento gradual en las naturalizaciones: de 6,794 en 1990 a 16,120 en 1999 (de los cuales 10,059 eran coreanos) (OCDE, 2001: 337). Mori (1997: 189-206) encontró que las autoridades públicas abarcaban en forma gradual a los residentes extranjeros –incluso trabajadores irregulares– en los servicios de salud, educación y beneficencia. Se han iniciado programas de integración social, incluyen centros de servicio para el empleo de trabajadores extranjeros y educación para los hijos de extranjeros en términos de igualdad con los japoneses nativos (OCDE, 1998b: 131). Se han establecido muchas asociaciones voluntarias para mejorar los derechos de los inmigrantes.

continúan subiendo los ingresos por motivos laborales; los residentes extranjeros se calculaban en 509,000 en 1998 (OIM, 2000b: 63).

En 1992 Taiwán aprobó una política de mano de obra extranjera, que permitía el reclutamiento de trabajadores migrantes para ocupaciones donde hubiera déficits severos. La duración del empleo estaba limitada a dos años. En el 2000 había 380,000 trabajadores extranjeros legales y una cantidad desconocida de ilegales. Los trabajadores provenían sobre todo de Tailandia, Filipinas, Malasia e Indonesia. La mayor parte del reclutamiento la realizan intermedia-

rios de fuerza de trabajo, quienes cobran comisión a los trabajadores. Muchos se quedan ilegalmente después de dos años o cambian de empleo para acceder a mejores salarios y escapar al pago de comisiones a los intermediarios (Lee y Wang, 1996).

Asia sudoriental

El sureste de Asia se caracteriza por una enorme diversidad étnica, cultural y religiosa, al igual que por considerables disparidades en el desarrollo económico. Los gobiernos de los países de inmigración se preocupan por mantener complejos equilibrios étnicos y combatir las posibles amenazas a la seguridad.

Singapur depende en gran parte de los trabajadores migrantes provenientes de Malasia, Tailandia, Indonesia, Filipinas, Sri Lanka, la India y China. En el año 2000 había unos 590,000 –el 28 por ciento de la fuerza de trabajo. El empleo de extranjeros se multiplicó al triple entre 1993 y 2000, con la crisis asiática de 1997-1999 como responsable de una muy breve disminución (Abella, 2002). Los varones extranjeros trabajan en la construcción, los astilleros, el transporte y los servicios; las mujeres ante todo en los servicios domésticos y de otro tipo. El gobierno impone una cuota por trabajadores extranjeros para promover que los empresarios inviertan en nueva tecnología en vez de contratar a migrantes. No obstante, esto ha llevado a que se depriman los salarios de los migrantes en vez de que se reduzca el empleo de extranjeros. A los trabajadores no capacitados se les impide establecerse o llevar a su familia. Los migrantes por lo general trabajan largas jornadas, seis días a la semana y viven en barracas. Empero, el gobierno favorece la entrada de trabajadores capacitados y profesionales; les da un estatus privilegiado. Hubo unos 55 mil de ellos en 1997, cerca del 12 por ciento de la fuerza de trabajo extranjera (IOM, 2000b: 82). Estos migrantes –en especial los de etnicidad china– son estimulados a establecerse permanentemente.

Tailandia se convirtió en un importante exportador de trabajadores hacia el golfo Pérsico en los años ochenta. El rápido crecimiento económico en la década de los noventa disparó una transición migratoria, aunque los trabajadores tailandeses aún buscan trabajo en el extranjero. El tráfico de mujeres tailandesas para prostituirlas sigue siendo un problema importante. Los empleos en la construcción, la agricultura y la manufactura han atraído a grandes cantidades de trabajadores de Burma, Laos, Bangladesh y la India. Como en otros lugares, la crisis asiática originó intentos por expulsar a los trabajadores extranjeros, y unos 300,000 han sido repatriados (IOM, 2000b: 92). No obstante, pronto se reanudó el crecimiento: en el año 2000 se calcula que había unos 665,000. La vi-

RECUADRO 12
LOS DILEMAS EN LOS PAÍSES ASIÁTICOS
DE INMIGRACIÓN: MALASIA

En la actualidad Malasia tiene el mayor porcentaje de extranjeros en su población, comparada con los demás países de inmigración en Asia –al menos el 5 por ciento. La proporción en la población económicamente activa con empleo tal vez sea del doble de esa cifra. Malasia experimenta tanto emigración como inmigración. Los malasios con baja capacidad trabajan en Singapur, mientras que los miembros de las clases medias con ascendencia étnica china e hindú migran hacia Australia y Norteamérica. Pero los flujos de entrada exceden con mucho las cifras de salida: en el año 2000 había registrados 850,000 trabajadores extranjeros en Malasia (Abella, 2002). Casi dos tercios provenían de Indonesia, cifras menores de Bangladesh, Filipinas y Tailandia (IOM, 2000b: 85). El cálculo oficial de 1997 es que existía cuando menos un millón de trabajadores indocumentados. Uno más reciente es de 200,000 en el año 2000 (Abella, 2002). Es difícil saber si estas cantidades en realidad han descendido o si sólo es un caso de estadísticas poco confiables. Los estados de Sabah y Sarawak en el este de Malasia dependen aún más que la Malasia peninsular de los trabajadores extranjeros, con 700,000 migrantes en el 2000 –ante todo indonesios y filipinos. Durante siglos estas islas han sido parte de una zona geográfica de libre circulación entre pueblos, vinculados por relaciones de etnicidad y comercio. Los inmigrantes desempeñan un papel de importancia en las plantaciones y la economía informal (OIM, 2000b: 87).

Malasia es un país multiétnico de ingresos medios. Su complejo equilibrio es resultado de la importación de mano de obra colonial para las minas de estaño y para las plantaciones de caucho. En la actualidad la población ciudadana está compuesta de 61.9 por ciento de malayos, 29.5 por ciento de chinos y 8.6 por ciento de hindúes (*Far Eastern Economic Review*, 2000: 161). Una administración económica exitosa ha tenido como resultado el crecimiento económico y la industrialización rápidos desde los años ochenta, lo que ha convertido a Malasia en una “economía de segunda oleada entre los tigres asiáticos”, con serios déficit de mano de obra, sobre todo en el sector de la plantación. Malasia realizó la “transición migratoria” de ser exportador a importador de mano de obra a mediados de los años ochenta, relativamente temprano en su proceso de desarrollo. Lim atribuye este fenómeno a dos factores especiales: la población multiétnica que facilitó una rápida reactivación de las redes migratorias históricas; y la economía abierta orientada a la exportación, con altas tasas de inversión extranjera (Lim, 1996).

Las políticas gubernamentales consisten en una mezcla de intentos por regular la mano de obra extranjera, campañas de legalización y medidas de control fronterizo –como el plan de construir en 1996 un muro de 500 kilómetros junto a la frontera norte con Tailandia. En 1998, en respuesta a la crisis asiática, el gobierno anunció planes para reducir la fuerza de trabajo extranjera hasta un millón de trabajadores, a través de la deportación de indocumentados y la no renovación de contratos de los trabajadores legales (Pillai, 1999).

Sin embargo, pronto quedó claro que era imposible controlar la larga línea costera y que los trabajadores indocumentados dentro del país eran difíciles de identificar. Las magras condiciones en Indonesia llevaron a que las presiones migratorias se incrementaran, mientras que los patrones malasio buscaban retener a los trabajadores en los empleos industriales y de plantación, que carecían de atractivo para los trabajadores locales. Los cálculos sitúan las repatriaciones de 1998 en alrededor de 200,000.

La incapacidad de reducir la fuerza de trabajo extranjera de manera significativa durante la crisis, demostró la dependencia estructural de la economía malasia respecto a la importación de mano de obra. ¿Implica esto que se está dando un establecimiento a largo plazo? La investigación hecha por Kassim (1998) en establecimientos irregulares en los alrededores de Kuala Lumpur documentó procesos de formación comunitaria. Además, la migración familiar es común en Sabah, mientras que en Malasia peninsular son cada vez más las mujeres indonesias y filipinas que ingresan en los servicios como el trabajo doméstico y los hoteles (Pillai, 1999: 181-182). El incremento en la migración femenina lleva a la formación de familias y a una estancia de largo plazo. Sin embargo en agosto del año 2002, el gobierno aprobó una ley para disminuir el número de migrantes ilegales, por medio de severas sanciones que incluían multas gravosas, azotes y hasta cinco años en prisión. Decenas de miles de indonesios y filipinos huyeron, mientras sus países de origen enviaban veleros para evacuarlos. Los grupos de derechos humanos señalaron que los deportados incluían solicitantes de asilo como los rohingyas de Burma y achehnese de Indonesia, que hacen frente en su país de origen a la persecución (BBC, 2002).

Pillai consigna una politización de la migración. Hasta 1995 no era un tema público de importancia, pero desde entonces se ha convertido en una cuestión clave, con debates y declaraciones frecuentes en los medios por parte de los políticos (Pillai, 1999: 182-186). Este desarrollo está vinculado con la toma de conciencia de que la migración no es un fenómeno temporal, además, puede tener consecuencias sociales y culturales impredecibles. Para 1999, el gobierno se encontraba bajo la presión de la Asociación de Productores Agrícolas malayos, la industria de la construcción y algunos gobiernos estatales para que dejara entrar más trabajadores. La Federación de Sindicatos Malasios se opuso al reclutamiento de mano de obra, por sus efectos en los puestos de trabajo y los salarios para los trabajadores locales; mientras que las agrupaciones políticas chinas temían que la inmigración Indonesia alterara el equilibrio étnico dejándolos en desventaja. El partido del gobierno, el UMNO, y el principal partido de oposición islámico el PAS, apoyaron el ingreso de indonesios como un apoyo potencial a los intereses malayos e islámicos. Hubo polémicas frecuentes contra los inmigrantes ilegales como amenazas al orden y la salud pública. Pero un número creciente de organizaciones no gubernamentales (ONG) los apoyan. El juicio de Irene Fernández, líder de la organización de los derechos de las mujeres, *Tenaganita*, por denunciar las malas condiciones en los centros de atención de migrantes se convirtió en un tema público sobresaliente (Jones, 2000).

gilancia es escasa y sólo 103,000 eran residentes legales (Abella, 2002). Es difícil distinguir con claridad entre los trabajadores migrantes y los refugiados, de forma especial en el caso de quienes provienen de Burma –el grupo más grande– y de Cambodia.

Países de emigración

Así como la periferia mediterránea impulsó la expansión industrial de Europa occidental hasta los años setenta, la industrialización de Asia tuvo sus propias áreas de reserva de mano de obra: China, los países del sur asiático, Filipinas e Indonesia se han convertido en proveedores importantes de fuerza de trabajo para la región y sin duda para el resto del mundo. La mayoría de los gobiernos de los países de origen asiático han establecido departamentos especiales para administrar el reclutamiento y proteger a los trabajadores, como la Oficina de Mano de Obra, Empleo y Adiestramiento de Bangladesh (OMOE) y la Oficina de Protección a los Inmigrantes de la India. Los gobiernos de los países de origen de la mano de obra ven la migración como económicamente vital, en parte porque esperan que reduzca el desempleo y les proporcione entrenamiento y experiencia industrial, pero sobre todo por las remesas de los trabajadores (Appleyard, 1998b).

Las remesas contribuyen de manera significativa a la balanza de pagos de los países con severos déficit comerciales. Los trabajadores paquistaníes remitieron 1,400 millones de dólares en 1994, 17 por ciento del total de los ingresos del país provenientes de exportaciones de bienes y servicios. Los trabajadores hindúes enviaron 5,000 millones de dólares, el 14 por ciento de ese tipo de ingresos. La cifra para Bangladesh fue de 1,100 millones de dólares (34 por ciento) y para Sri Lanka 700 millones (17 por ciento) (OIM, 2000b: 123). (Estas cantidades son remesas mundiales, pero el componente mayor es el de remesas provenientes del oriente medio.) Los gobiernos asiáticos han aprobado políticas especiales para estimular la repatriación de los ahorros de los trabajadores, a través de los bancos estatales, para ayudar a que estén disponibles para propósitos de desarrollo e inversión (Taylor, 1999: 71). Sin embargo los trabajadores también traen consigo ganancias en forma de efectivo o de bienes de consumo. Millones de familias dependen de las remesas y han mejorado sus condiciones de vida debido a ellas. No obstante, el dinero con frecuencia se gasta en bienes suntuosos, dotes y vivienda, en vez de inversiones productivas. Dado que los migrantes casi siempre provienen de estratos medios y no de los grupos más pobres de las áreas de origen, las remesas a menudo exacerban la desigualdad social y llevan a un incremento en la concentración de la tenencia de la tierra (Castles, 2000).

Migrantes altamente calificados y estudiantes

La mayor parte de la migración asiática está compuesta por trabajadores con escasa calificación, pero también hay una movilidad creciente de profesionales, ejecutivos, técnicos y personal altamente calificado (véase capítulo 3). Una forma es la “fuga de cerebros”: personas entrenadas en la universidad que se trasladan de los países menos desarrollados a los más. Europa, América del Norte y Australia han obtenido miles de doctores e ingenieros provenientes de la India, Malasia, Hong Kong, y países similares. Gran Bretaña recluta enfermeras de Filipinas para el servicio nacional de salud. Alemania compite con otros países altamente desarrollados para atraer especialistas hindúes en Tecnología de la Información (TI). Estados Unidos obtiene muchos provenientes de Asia. Según el Departamento de Estado de Estados Unidos, el 69 por ciento de las visas H-1B patrocinadas por los patrones de 1990 a 1997 fueron concedidas a personas provenientes de la India, Filipinas, Japón y China (Abella, 2002).

Esa movilidad laboral puede ser un escape de los recursos para los países pobres y conducir a déficit de personal calificado. Hay reportes de que los hospitales filipinos cierran quirófanos porque todo el personal entrenado se ha ido al Reino Unido. Por otra parte, muchas personas con varios años de escolaridad no logran encontrar empleo en su terruño. Parece que las oportunidades de trabajo en el extranjero estimulan el crecimiento de instalaciones para el entrenamiento de personal de TI en la India y médico en Filipinas. Las remesas de migrantes calificados pueden ser benéficas. Muchos regresan cuando hay oportunidades disponibles, aportando nuevas experiencias y a veces entrenamiento adicional. Por desgracia, muchos migrantes altamente calificados se topan con que su ingreso a un trabajo apropiado en países desarrollados se ve restringido por la dificultad de asegurar el reconocimiento de sus credenciales o discriminación en las prácticas de contratación y promoción. Si no obtienen empleos calificados, su migración es a la vez una pérdida para sus países de origen y un desastre personal.

Otra forma de migración altamente calificada es la de ejecutivos, profesionales y expertos que son enviados al extranjero por sus compañías o por organizaciones internacionales. La inversión de capital en países menos desarrollados puede verse como una alternativa frente a la migración de personal con escasa capacitación hacia países desarrollados, pero conduce a traslados de personal calificado en la dirección opuesta. China tenía en el año 2000 unos 200,000 especialistas extranjeros, mientras que Malasia tenía 32,000 y Vietnam cerca de 30,000. Provenían de otros países asiáticos pero también de Estados Unidos, Europa y Australia (Abella, 2002). De igual forma son importantes los visitantes por negocios a corto plazo. Se registraron 2.6 millones de viajeros de esta

RECUADRO 13
LOS DILEMAS EN LOS PAÍSES DE EMIGRACIÓN: FILIPINAS

Filipinas es en la actualidad el exportador de mano de obra *par excellence* (como lo fue Italia en la generación pasada) con cerca de una décima parte de su población en el extranjero. El gobierno calcula que cerca de siete millones de filipinos trabajan fuera de su país y que enviaron 7,000 millones de dólares en 1999 (OIM, 2000b: 96). Se encuentran en todo el mundo. El establecimiento permanente en Estados Unidos, Canadá y Australia se incrementó a partir de la década de los sesenta. Bajo el régimen de la ley marcial de Marcos en los años setenta, la exportación de mano de obra se convirtió en un elemento clave de la política económica. Desde entonces, una cantidad siempre en ascenso de trabajadores extranjeros temporales o por contrato (CTE) ha migrado al exterior: primero a los estados del golfo Pérsico y luego a otros países asiáticos. Los filipinos tienen una creciente presencia en Europa, en particular Italia y España. La migración indocumentada, organizada con frecuencia por agentes, se ha incrementado y se estima que viven en el extranjero cerca de 1.9 millones de ellos (OIM, 2000b: 96). La emigración se ha vuelto parte de la vida cotidiana para millones de filipinos y sus comunidades.

Las salidas anuales de TEC según las cifras oficiales crecieron de 300,000 en 1984 a 559,000 en 1997. Ese año los trabajadores TEC conformaban hasta el 38 por ciento de los nuevos contratos, el 34 por ciento en los servicios, el 23 por ciento de los profesionistas, el 21 por ciento de las trabajadoras domésticas y el 12 por ciento de las trabajadoras en la industria del entretenimiento (OIM, 2000b: 96-97). Además 188,469 filipinos salieron de su terruño en 1997 como marineros en naves extranjeras (Battistella y Assis, 1998: 234). A pesar de los temores de que la crisis asiática provocaría el retorno de unos 100,000 trabajadores, las salidas de TEC de hecho se incrementaron ligeramente de 1998 (OIM, 2000b: 98).

El gobierno filipino adopta un papel activo en el manejo de la migración. Quienes desean trabajar en el extranjero tienen que registrarse con la Administración de Empleo Filipino en el Extranjero (AEFE). La Administración para el Bienestar de los Trabajadores en el Extranjero (ABTE) tiene la función de apoyar a los trabajadores y protegerlos de la explotación y el abuso. Se imparten seminarios de orientación previos a la salida para las trabajadoras del entretenimiento, domésticas y enfermeras. Filipinas tiene funcionarios especiales en sus consulados pero su cifra es relativamente baja: en 1993 había 31 agregados para el trabajo, 20 funcionarios del bienestar y 20 coordinadores para responder a las necesidades de 4.2 millones de trabajadores migrantes en 120 países (Lim y Oishi, 1996: 120). Los funcionarios a menudo son impotentes ante agentes sin escrúpulos y patrones abusivos, quienes algunas veces tienen el apoyo de la policía y otras autoridades en los países receptores.

La debilidad del gobierno filipino para proteger a los trabajadores vulnerables llevó en 1995 a la politización de las políticas migratorias. El 17 de marzo, una trabajadora doméstica, Flor Contemplación, fue colgada en Singapur tras habersele encontrado culpable de asesinato. El caso manchó las relaciones

entre los dos países y llevó a un acalorado debate en Filipinas. En ese entonces había más de 60,000 trabajadores filipinos en Singapur –la gran mayoría trabajadoras domésticas. Se han reportado frecuentes casos de abuso, entre ellos el no pago de los salarios, condiciones de trabajo precarias, maltrato y acoso sexual (Gonzalez, 1998: 5; Wong, 1996). Contemplación fue acusada del asesinato de un compañero filipino y del hijo de su patrón. El caso apareció como la culminación de una larga serie de humillaciones sufridas por los CTE en Singapur y otros lugares. Se dio una movilización en gran escala de los partidos de oposición, las asociaciones eclesiales, los grupos de mujeres, los sindicatos y las organizaciones de CTE. Se programó una serie de manifestaciones masivas que culminaron con la presencia de más de 25,000 personas en el funeral de Contemplación (González, 1998: 6-7).

La administración de Ramos se vio forzada a actuar. La migración de trabajadores domésticos a Singapur se suspendió, aunque de manera temporal y poco efectiva. En junio de 1995, el parlamento filipino aprobó un decreto de los trabajadores migrantes y de los filipinos en el extranjero –la “Carta Magna de los CTE”. Este decreto intentaba representar un cambio en la filosofía que se alejara de la primacía de las metas económicas, en favor de la protección a la dignidad y los derechos humanos de los filipinos. Las políticas específicas incluyeron el traslado selectivo que favorecía ciertas ocupaciones y destinos; medidas para mejorar la información recibida por los aspirantes a migrar; y una “aproximación de equipos nacionales” para mejorar la cooperación entre las agencias gubernamentales (Go, 1998).

Esta medida parece haber tenido poco efecto. No hay evidencia de que se haya dado reducción dramática alguna de la migración de mujeres dedicadas al entretenimiento o de trabajadoras domésticas, ni de mejoras sustanciales en las condiciones de los TEC filipinos. Tampoco parece haber sido más efectivo el gobierno filipino en su protección legal para los trabajadores. Una dificultad de importancia es la falta de voluntad para cooperar de los países reclutadores de fuerza de trabajo, a través de acuerdos bilaterales con Filipinas, o de su adhesión a instrumentos multilaterales como las convenciones de la ILO y la Convención de las Naciones Unidas Sobre los Derechos de los Trabajadores Migrantes y sus Familias, emitido en 1990. Para vigilar la puesta en práctica del decreto de 1995, el gobierno filipino tendría que detener la mayor parte de la emigración de mano de obra. Dado que el crecimiento de la fuerza de trabajo sigue siendo rápido, mientras que el desarrollo económico es lento, la consecuencia podría ser desempleo masivo y un descontento considerable. De ahí que Filipinas no pueda acabar con su dependencia de exportación de mano de obra, y el poder del mercado queda en manos, en forma desproporcionada, de los países que la importan.

clase provenientes del Japón en el año 2000, de los cuales 1,600 millones se dirigieron a otros países asiáticos (Abella, 2002). La inversión de capital del extranjero es un catalizador para el cambio socioeconómico y la urbanización,

mientras que los profesionistas viajeros no sólo son agentes del cambio económico, sino también portadores de nuevos valores culturales. Los vínculos que crean pueden estimular a las personas del país en desarrollo para trasladarse al país inversionista en busca de entrenamiento o empleo. Lim (1996: 329) ha mostrado que “los tres más grandes inversionistas extranjeros en Malasia –Taiwan, Japón y Singapur– son también los tres principales destinos de los trabajadores malasios emigrantes”. El retorno de los profesionistas viajeros conlleva nuevas experiencias y valores. Algunos observadores japoneses ven las estancias del personal altamente calificado en el extranjero como parte de la “internacionalización” de Japón y poderoso factor de cambio cultural (Susuki, 1988: 41).

La movilidad de estudiantes con frecuencia es un precursor de la migración calificada. Para finales de los ochenta había 366,000 estudiantes extranjeros en Estados Unidos, de los cuales casi la mitad provenía de Asia (Skeldon; 1992: 35). Australia expidió 86,277 visas de estudiante en 2000-2001 para una gran mayoría de estudiantes que provenían de Asia (DIMIA, 2001). Hay gran competencia entre los países desarrollados para atraer estudiantes que paguen matrícula. Muchas universidades australianas tienen ahora campus asiáticos. En 1996, cuando se dieron discursos y ataques racistas contra estudiantes asiáticos en Australia, los vicescancilleres de la universidad exigieron acción de parte del gobierno para contrarrestar el temido descenso en la inscripción de estudiantes.

Muchos ex alumnos permanecen en los países en desarrollo después de su graduación, en especial aquellos con doctorado. Según la National Science Foundation en 1997, en Estados Unidos había 23,559 miembros de las facultades de ciencia e ingeniería de origen asiático –10.5 por ciento de los académicos en estos campos (Abella, 2002). Australia cambió sus reglas de inmigración en 1999: en el pasado los estudiantes debían abandonar Australia al graduarse y esperar al menos dos años antes de solicitar migrar de regreso. Ahora se les permite permanecer en el país mientras se procesa su solicitud de inmigración. Muchos de estos estudiantes extranjeros que pagan matrícula, provienen de Asia, se concentran en las áreas de negocios y TI (Birrell, 2001). Estos traslados hacia los países desarrollados pueden, por tanto, ser parte de la fuga de cerebros.

Refugiados

A finales del año 2000, la UNHCR registró casi 5 millones de refugiados en Asia y el Pacífico –41 por ciento del total mundial de 12'100,000. Al utilizar el concepto más amplio de “poblaciones de preocupación para la ACRNU” (incluye a los solicitantes de asilo, a los que retornan, algunas personas internamente desplazadas y otros), el total de Asia y el Pacífico llegó a 7 millones –un tercio del

ILUSTRACIÓN 4
BALSEROS VIETNAMITAS EN MALASIA, 1978



Fotografía: UNHCR/k. Gaugler.

total mundial (UNHCR, 2000a: 21). La principal fuente de refugiados es Afganistán, con 4'500,000 afganos en otros países, sobre todo Paquistán e Irán. Otros de los países de origen de refugiados incluyen Burma, Iraq, Vietnam, China, Bután, Timor Oriental, Filipinas y Corea del Norte (UNHCR, 2001: tabla 4).

Los dos éxodos de mayor duración en Asia desde 1945 han provenido de Indochina y Afganistán. Más de 3 millones de personas huyeron de Vietnam, Laos y Camboya después del fin de la guerra de Vietnam en 1975. Muchos se fueron como “balseros” navegando largas distancias en pequeños botes atiborrados de personas, con riesgo de naufragio y de ataques piratas. En los siguientes 20 años 2'500,000 personas encontraron nuevos hogares en otro lugar del mundo, mientras medio millón retornó. Más de un millón fue reubicado en Estados Unidos, con cifras menores en Australia, Canadá y Europa occidental. China aceptó cerca de 300,000 refugiados sobre todo de origen étnico Chino. Otros países asiáticos no estaban dispuestos a aceptar colonizadores. En 1989 se adoptó un “Plan de Acción Comprensivo” por parte de los países implicados. Las personas que ya se encontraban en los campos habían de ser reubica-

das, mientras que cualquier nuevo solicitante de asilo habría de ser evaluado para ver si realmente era víctima de persecución. Aquellos que se diagnosticaba como migrantes económicos habrían de ser repatriados. En 1979 Vietnam aprobó un “Programa de Salida Ordenada” para permitir la emigración legal, en particular de personas con parientes en el extranjero, que fue muy acelerado en 1989. Para 1995, la mayoría de los campos fueron cerrados y se consideró que la emergencia había pasado (UNHCR, 2000b: 79-103).

Hasta un tercio del total de 18 millones de la población afgana huyó del país en 1979, después de la intervención militar soviética. La gran mayoría encontró refugio en países vecinos como Paquistán (3.3 millones en 1990) e Irán (3.1 millones) (UNHCR, 2000b: 119). Hubo muy poca reubicación oficial en el extranjero. La emergencia afgana se dio poco después del éxodo indochino y había poca voluntad en los países occidentales para aportar hogar a las nuevas oleadas de refugiados. Además los líderes *mujadín* (de la resistencia islámica armada) querían utilizar los campos de refugiados como bases para el reclutamiento y entrenamiento. Por razones políticas, humanitarias, religiosas y culturales, Paquistán e Irán estaban dispuestos a proporcionar refugio durante amplios periodos. Paquistán recibió compensaciones sustanciales de Estados Unidos bajo la forma de apoyo militar, económico y diplomático. Irán, por otro lado, recibió poca ayuda externa, a pesar de ser uno de los principales santuarios para los refugiados (UNHCR, 2000b: 118).

El manejo diferencial de los casos vietnamita y afgano constituye un ejemplo de la manera en la que los movimientos de refugiados pueden convertirse en parte de consideraciones más amplias para la política exterior de las grandes potencias (Suhrke y Klink, 1987). Con el fin de la intervención soviética en 1992, cerca de millón y medio de refugiados afganos regresaron a casa. Sin embargo, el inicio de nuevos conflictos, la toma del poder por el fundamentalista Talibán, una sequía de cuatro años, y la desbastada condición del país retrasó el retorno del resto. En 2000 los afganos seguían siendo la población de refugiados más grande del mundo. Algunos hombres se fueron a trabajar en los estados del golfo Pérsico para ayudar a financiar los costos de reconstrucción de sus pueblos (UNHCR, 1995: 182-183). Un número creciente de afganos siguió hacia países occidentales entre 1990 y 2000, 155,000 buscaron asilo en la UE (datos inéditos del ACRNU).

Los eventos del 11 de septiembre del 2001 concientizaron al mundo sobre las consecuencias de situaciones prolongadas de conflicto y anarquía política. Afganistán se había convertido en el centro de la red terrorista global de Al-Qaeda. También era el productor mundial más importante de heroína. La gran diáspora de refugiados afganos llegó a verse como una parte de la amenaza a la seguridad mundial. La invasión de Afganistán encabezada por Estados

Unidos, se había diseñado para destruir a Al-Qaeda y los talibán, establecer un gobierno legítimo, y permitir el retorno de los refugiados. Sin embargo, se esperaba que el ataque inicial a finales del año 2001, precipitara nuevos flujos considerables de refugiados PID. El UNHCR y otras agencias humanitarias formaban parte de los planes para resolver la crisis y aportar financiamiento especial. En todo caso, los flujos de salida de los refugiados se limitaron en parte porque Paquistán e Irán cerraron sus fronteras, y en parte porque los talibán fueron derrotados rápidamente.

En marzo del año 2002 la autoridad afgana de transición del UNHCR dio inicio a un programa de retorno masivo. Para julio habían regresado más de 1'300,000 afganos, 1'200,000 paquistaníes, y 100,000 iraníes. Esta repatriación inesperadamente rápida puso en severa crisis las finanzas del UNHCR (UNHCR, 2002a). La agencia se vio forzada a limitar la asistencia concedida a las familias que retornaban. Los países occidentales –dispuestos a gastar miles de millones en la intervención armada– no estaban listos para aportar fondos para la ayuda. Mientras tanto los gobiernos de Australia, el Reino Unido y otros países occidentales, comenzaron a rechazar a los solicitantes de asilo de origen afgano, aun cuando estaba lejos de saberse si las condiciones eran seguras en Afganistán.

Aparte de estos dos grandes movimientos de refugiados, ha habido un sinnúmero de éxodos de menor cuantía, pero no menos traumáticos para los implicados. Tras el fracaso del movimiento democrático en 1989, miles de chinos buscaron asilo en el extranjero. Los conflictos ligados con la ruptura de la antigua Unión Soviética llevaron a desplazamientos masivos en los años noventa, lo que afectó a muchos nuevos estados, incluyendo Georgia, Chechenia, Armenia, Azerbaiyán y Tayikistán. Unos dos millones se desplazaron internamente o se vieron forzados a huir atravesando fronteras (UNHCR, 1995: 24-25). Cuando menos 50,000 norcoreanos han huido hacia China. Otras poblaciones de refugiados de larga duración incluyen a los tibetanos y los butaneses en la India y Nepal, los burmeses en Tailandia y Bangladesh, y los indios Fiji en Australia y Nueva Zelanda. Los musulmanes de Mindanao (sur de Filipinas) han huido a Malasia para escapar del persistente conflicto interno. La larga guerra civil en Sri Lanka ha llevado a desplazamientos masivos internos, al igual que a salidas de refugiados. En 2001, se calculaba que 144,000 tamiles de Sri Lanka vivían en campamentos en la India, mientras que otros se hallaban dispersos por el mundo. Tras de que la gente en Timor del Este votó por la independencia en septiembre de 1999, la violencia por las milicias proindonesias apoyadas por el ejército indonesio obligaron a cuando menos 250,000 personas a cruzar la frontera hacia Timor del Oeste (todavía parte de Indonesia). Otro medio millón de timorenses del este (la mayoría de la población) se vio obligada a escapar a las montañas (UNHCR, 2001).

La experiencia asiática muestra la complejidad de las situaciones de refugiados en países menos desarrollados: es difícil que sean un simple asunto de persecución política individual. Casi en forma invariable las presiones económicas y ambientales desempeñan un papel importante. Los movimientos de refugiados como la migración laboral masiva, son resultado de las transformaciones sociales que actualmente se dan en Asia (Van Hear, 1998). Las diferencias étnicas y religiosas de larga data exacerban los conflictos y con frecuencia motivan altos niveles de violencia. La resolución de las situaciones que generan refugiados y el regreso a casa de éstos se ven obstaculizados por escasez de recursos económicos, y falta de garantías de respeto a los derechos humanos en los estados débiles y despóticos. Los países occidentales a menudo se han involucrado en luchas de formación de estados y naciones en Asia, incluyendo la guerra de Vietnam, los conflictos en Afganistán y muchos otros. Las respuestas a los solicitantes de asilo suelen estar condicionados por tales experiencias. Una de las expresiones más recientes de esta calamidad es la “solución del Pacífico” en Australia, que desplazó a los solicitantes de asilo hacia las islas vecinas como Nauru y Papúa Nueva Guinea (véase capítulo siguiente).

Perspectivas de la migración asiática

La migración asiática ha crecido en forma rápida desde los años setenta. Las estadísticas son inexactas, pero parece que para el 2000 había cinco millones de trabajadores asiáticos en los países petroleros del golfo Pérsico; más de cinco millones trabajaban en los principales países asiáticos importadores de mano de obra. Millones más han migrado de manera permanente a Estados Unidos y otros países occidentales. Además había cinco millones de refugiados. La mayoría de los migrantes asiáticos provenían de unas pocas áreas de origen, especialmente Filipinas, Indonesia, China, Tailandia y el sur de Asia, que se han convertido en reserva de mano de obra para la región y el mundo. La mayoría de los migrantes asiáticos está constituida por trabajadores poco capacitados, pero los flujos de personal altamente calificado se están incrementando.

Todo movimiento migratorio en Asia tiene características específicas, aunque hay tendencias generales significativas. Una es la falta de planeación a largo plazo: los movimientos se han conformado no sólo por las políticas gubernamentales para la fuerza de trabajo, sino también por las acciones de los patrones, los migrantes y la industria de la migración. La migración ilegal es muy alta y los agentes e intermediarios desempeñan un papel de importancia. Las políticas oficiales van desde la “casi negación” de la presencia de la mano de obra extranjera (Japón y Corea), hasta la “administración activa” (Singapur), con la mayoría de los países en algún punto intermedio (Miller y Martin, 1996: 195).

Las características relativamente generales de los sistemas de migración de la fuerza de trabajo en el medio oriente y Asia incluyen un control rígido de los trabajadores extranjeros, la prohibición del establecimiento definitivo, y la reunificación familiar, además de la negación de los derechos básicos. Muchos de los gobiernos implicados refieren explícitamente a la experiencia europea, en la que los trabajadores huéspedes temporales se convirtieron en colonizadores y nuevas minorías étnicas. Los sistemas estrictos de regulación están diseñados para evitar esto. ¿Tendrán éxito? Aunque la mayoría de los movimientos es temporal en intención, las tendencias hacia el establecimiento permanente comienzan a surgir en algunos lugares, como mostraron los ejemplos de Japón y Malasia. Pero estas tendencias son limitadas y no se encuentran sancionadas oficialmente. Cuando los europeos occidentales intentaron reducir sus poblaciones de extranjeros en los años setenta, encontraron que era difícil por varias razones: sus economías se habían vuelto estructuralmente dependientes de la mano de obra extranjera, los patrones querían una fuerza de trabajo estable, los inmigrantes estaban protegidos por un fuerte sistema legal, y el Estado de bienestar tendía a incluir a los no ciudadanos. ¿Existen tales presiones para el establecimiento en Asia? (Castles, 2001)

Ciertamente hay signos de una dependencia creciente respecto a los trabajadores extranjeros para los “empleos de tres D”, a medida que el crecimiento de la fuerza de trabajo se hace más lento en los países industrializados y los trabajadores locales rechazan las tareas menores. El éxito limitado de las políticas de repatriación durante la crisis asiática fue indicador claro de que la migración no puede revertirse fácilmente. En estas circunstancias los patrones buscan retener a los “buenos trabajadores”, los migrantes prolongan sus estancias y la reunificación familiar o la formación de nuevas familias en el país receptor acaban por darse. Las tendencias hacia la democratización y la legalidad también hacen difícil ignorar los derechos humanos. El crecimiento de las ONG que trabajan a favor de los derechos de los migrantes en Japón y Malasia, muestran la fuerza creciente de la sociedad civil en las nuevas democracias asiáticas. Por ende, sería razonable predecir que el establecimiento definitivo y una diversidad cultural en ascenso afectarán muchos países asiáticos importadores de mano de obra; aunque ningún gobierno tiene planes para lidiar con los efectos a largo plazo de la migración –incluso discutir el asunto es todavía casi un tabú en muchos países asiáticos.

A pesar del rápido crecimiento, los movimientos son todavía bastante pequeños en comparación con la vasta población asiática. Los trabajadores migrantes constituyen una proporción bastante pequeña de la fuerza de trabajo en países como Japón y Corea, en comparación con lo que sucede en Europa (si bien la proporción es grande en Singapur y Malasia). Sin embargo el potencial para el crecimiento es obvio. El subcontinente hindú aporta una vasta re-

serva de trabajo. La reforma económica y política en China podría abrir la puerta para la migración laboral masiva, mientras que la falta de reformas podría llevar a movimientos de refugiados. Indonesia y Filipinas tienen un crecimiento poblacional considerable, además, ven la exportación de mano de obra como parte vital de sus estrategias económicas. Las economías de rápido crecimiento de Asia oriental y del sudeste parecen destinadas a atraer grandes cantidades de trabajadores migrantes en el futuro. Es difícil creer que no tenga como resultado cierto grado de establecimiento definitivo, con efectos sociales y políticos de largo alcance. El siglo XXI ha sido llamado el “siglo del Pacífico” en términos de desarrollo económico y político, pero también será una época de movilidad poblacional de rápido crecimiento en la región asiática.

Lecturas recomendadas

La literatura sobre la migración asiática ha crecido exponencialmente en los últimos años. Las publicaciones del Scalabrini Migration Center (Quezon City, Filipinas) ofrecen excelente documentación actualizada. Incluyen el *Asian and Pacific Migration Journal* (APMJ) la revista, *Asian Migrant*, un atlas en la red (www.scalabrini.asn.au/atlas/) y servicio de información electrónico (www.scalabrini.asn.au/philsmc.htm). La *Asian Pacific Migration Research Network* es fuente de contactos e información (www.capstrans.edu.au/aprnmn, o a través de www.unesco.org). Appleyard (1998b) es una buena obra sobre la emigración desde el sur asiático. La IOM (2000) tiene provechosos capítulos de síntesis sobre Asia y el Pacífico. Acerca de Japón, Komai (1995), Mori (1997) y Weiner y Hanami (1998) ofrecen buenos estudios en inglés. Para la mayor parte de los demás países, los artículos de las revistas constituyen aún las mejores fuentes.